

COMISIÒN EPISCOPAL PARA LA PASTORAL LITÚRGICA

SUBSIDIO PARA ORAR EN FAMILIA
EL SÁBADO SANTO
EL SEÑOR DESCENDIÒ A LOS INFIERNOS



DURANTE LA EMERGENCIA SANITARIA



SÁBADO SANTO

Subsidio para orar en familia

La celebración en familia puede ser guiada por el papá o la mamá, o el miembro que haga cabeza en la familia.

Este momento de oración tendría lugar durante la mañana del Sábado Santo.

El que guía, dice a los presentes:

Guía: Queridos hermanos: En este día nos reunimos con toda la Iglesia contempla la obra de la salvación de Dios en Jesucristo, su Hijo, que descendió a los infiernos para hacer que su salvación alcanzara a todos los hombres de todos los tiempos. Oremos contemplando el misterio de Cristo, verdadero hombre, que reposa en el sepulcro, y verdadero Dios, que hace llegar su salvación a todos los que habían muerto para que tuvieran vida.

Oremos juntos diciendo:

A Cristo, el Señor, que por nosotros murió, y por nosotros fue sepultado, vengan y adorémosle.

A continuación, uno de los presentes recita el Salmo 94:

Vengan, aclamemos al Señor,
demos vítores a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos. **R.**

Porque el Señor es un Dios grande,
soberano de todos los dioses:
tiene en su mano las simas de la tierra,
son suyas las cumbres de los montes;
suyo es el mar, porque él lo hizo,
la tierra firme que modelaron sus manos. **R.**

Vengan, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
el rebaño que él guía. **R.**

Ojalá escuchen hoy su voz:

«No endurezcan el corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto:
cuando los padres de ustedes me pusieron a prueba
y dudaron de mí, aunque habían visto mis obras. **R.**

Durante cuarenta años
aquella generación me repugnó, y dije:
‘Es un pueblo de corazón extraviado,
que no reconoce mi camino;
por eso he jurado en mi cólera
que no entrarán en mi descanso’». **R.**

Todos toman asiento.

Uno de los presentes lee:

Del libro del profeta Jeremías

20, 7-18

En aquellos días, exclamó Jeremías:
«Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir. Tú eras el más fuerte y yo fui dominado. Ahora soy todo el día la irrisión y la burla de todo el mundo. Siempre que hablo tengo que proclamar: “¡Violencia! ¡Destrucción!” La palabra del Señor se ha vuelto para mí oprobio y befa todo el día. Yo dije: “No pensaré más en él, no hablaré más en su nombre”; pero su palabra era en mis entrañas como fuego ardiente, encerrado en mi huesos; yo intentaba contenerlo, pero no podía.

Oía las burlas de la gente: “Terror por doquier. Delátenlo, vamos a delatarlo.” Mis amigos acechaban mi traspié: “A ver si se descuida, y lo abatiremos y nos vengaremos de él.”

Pero el Señor está conmigo, como fuerte guerrero; mis enemigos tropezarán y no podrán conmigo. Se avergonzarán de su fracaso con sonrojo perpetuo que no se olvidará. Señor de los ejércitos, que examinas al justo y sondeas lo íntimo del corazón, que yo vea la venganza que tomes de ellos, porque a ti encomendé mi causa.

Canten al Señor, alaben al Señor, porque libra la vida del pobre de las manos de los impíos.

Maldito el día en que fui engendrado, el día en que mi madre me parió no sea bendito. Maldito el hombre que anunció a mi padre: “Te ha nacido un varón”, dándole una gran alegría. Ojalá que hubiera sido ese día como las ciudades que el Señor destruyó sin compasión; que escuche gritos de alarma en la mañana y alaridos de guerra al mediodía. ¿Por qué salí del vientre para pasar trabajos y fatigas y acabar mis días derrotado?»

Todos juntos dicen:

Después de sepultar al Señor, hicieron rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro y lo sellaron. Y pusieron guardias para custodiarlo.

El que leyó dice:

Los jefes de los sacerdotes se presentaron ante Pilato, y le pidieron que diese orden de vigilar el sepulcro.

Todos dicen:

Y pusieron guardias para custodiarlo.

Otro de los presentes lee:

De una antigua Homilía sobre el santo y grandioso Sábado
(PG 43, 439. 451. 462-463)

¿Qué es lo que pasa? Un gran silencio se cierne hoy sobre la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey está durmiendo; la tierra está temerosa Y no se atreve a moverse, porque el Dios hecho hombre se ha dormido Y ha despertado a los que dormían desde hace siglos. El Dios hecho hombre ha muerto y ha puesto en movimiento a la región de los muertos.

En primer lugar, va a buscar a nuestro primer padre, como a la oveja perdida. Quiere visitar a los que yacen sumergidos en las tinieblas y en las sombras de la muerte; Dios y su Hijo van a liberar de los dolores de la muerte a Adán, que está cautivo, y a Eva, que está cautiva con él.

El Señor hace su entrada donde están ellos, llevando en sus manos el arma victoriosa de la cruz. Al verlo, Adán, nuestro primer padre, golpeándose el pecho de estupor, exclama, dirigiéndose a todos: «Mi Señor está con todos vosotros.» Y responde Cristo a Adán: «y con tu espíritu.» Y, tomándolo de la mano, lo levanta, diciéndole: «Despierta, tú que duermes, Y levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo.

Yo soy tu Dios, que por ti me hice hijo tuyo, por ti y por todos estos que habían de nacer de ti; digo, ahora, y ordeno a todos los que estaban en cadenas: "Salid", y a los que estaban en tinieblas: "Sed iluminados", Y a los que estaban adormilados: "Levantaos."

Yo te lo mando: Despierta, tú que duermes; porque yo no te he creado para que estuvieras preso en la región de los muertos. Levántate de entre los muertos; yo soy la vida de los que han muerto. Levántate, obra de mis manos; levántate, mi efigie, tú que has sido creado a imagen mía. Levántate, salgamos de aquí; porque tú en mí y yo en ti somos una sola cosa.

Por ti, yo, tu Dios, me he hecho hijo tuyo; por ti, siendo Señor, asumí tu misma apariencia de esclavo; por ti, yo, que estoy por encima de los cielos, vine a la tierra, y aun bajo tierra; por ti, hombre, vine a ser como hombre sin fuerzas, abandonado entre los muertos; por ti, que fuiste expulsado del huerto paradisiaco, fui entregado a los judíos en un huerto y sepultado en un huerto.

Mira los salivazos de mi rostro, que recibí, por ti, para restituirte el primitivo aliento de vida que inspiré en tu rostro. Mira las bofetadas de mis mejillas, que soporté para reformar a imagen mía tu aspecto deteriorado. Mira los azotes de mi espalda, que recibí para quitarte de la espalda el peso de tus pecados. Mira mis manos, fuertemente sujetas con clavos en el árbol de la cruz, por ti, que en otro tiempo extendiste funestamente una de tus manos hacia el árbol prohibido. Me dormí en la cruz, y la lanza penetró en mi costado, por ti, de cuyo costado salió Eva, mientras dormías allá en el paraíso. Mi costado ha curado el dolor del tuyo. Mi sueño te sacará del sueño de la muerte. Mi lanza ha reprimido la espada de fuego que se alzaba contra ti.

Levántate, vayámonos de aquí. El enemigo te hizo salir del paraíso; yo, en cambio, te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celestial. Te prohibí comer del simbólico árbol de la vida; mas he aquí que yo, que soy la vida, estoy unido a ti. Puse a los ángeles a tu servicio, para que te guardaran; ahora hago que te adoren en calidad de Dios.

Tienes preparado un trono de querubines, están dispuestos los mensajeros, construido el tálamo, preparado el banquete, adornados los eternos tabernáculos y mansiones, a tu disposición el tesoro de todos los bienes, y preparado desde toda la eternidad el reino de los cielos.»

Todos juntos dicen:

¡Se fue nuestro Pastor, la fuente de agua viva! A su paso el sol se oscureció. Hoy fue por él capturado el que tenía cautivo al primer hombre. Hoy nuestro Salvador rompió las puertas y cerrojos de la muerte.

El que leyó dice:

Demolió las prisiones del abismo y destruyó el poder del enemigo.

Todos dicen:

Hoy nuestro Salvador rompió las puertas y cerrojos de la muerte.

Luego el que guía invita a los presentes a guardar un momento de silencio para interiorizar el Evangelio escuchado

Luego, el que guía invita a todos a orar, diciendo:

Guía: Adoremos a nuestro Redentor, que por nosotros y por todos los hombres quiso morir y ser sepultado, para resucitar de entre los muertos.

Uno de los presentes lee:

- Oh Señor, que junto a tu cruz y a tu sepulcro tuviste a tu Madre dolorosa que participó en tu aflicción,

Todos: haz que tu pueblo sepa también participar en tu pasión.

- Señor Jesús, que como grano de trigo caíste en la tierra para morir y dar con ello fruto abundante,

Todos: haz que también nosotros sepamos morir al pecado y vivir para Dios.

- Oh Pastor de la Iglesia, que quisiste ocultarte en el sepulcro para dar la vida a los hombres,

Todos: haz que nosotros sepamos también vivir escondidos contigo en Dios.

- Nuevo Adán, que quisiste bajar al reino de la muerte, para librar a cuantos, desde el origen del mundo, estaban encarcelados,

Todos: haz que todos los hombres, muertos al pecado, escuchen tu voz y vivan.

- Cristo, Hijo de Dios vivo, que has querido que por el bautismo fuéramos sepultados contigo en la muerte,

Todos: haz que siguiéndote a ti caminemos también nosotros en novedad de vida.

El que guía dice:

Guía: Movidos por el espíritu filial que Cristo nos mereció con su muerte, digamos juntos al Padre, diciendo:

Y todos juntos dicen:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

El que guía, continúa, diciendo:

Guía: Dios todopoderoso,
cuyo Unigénito descendió al lugar de los muertos
y salió victorioso del sepulcro,
te pedimos que concedas a todos tus fieles,
sepultados con Cristo por el bautismo,
resucitar también con él a la vida eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

Finalmente, el que guía, invoca la bendición de Dios para los allí presentes, diciendo:

Guía: Envíanos, Señor,
tu bendición,
nosotros que esperamos celebrar
la resurrección de tu Hijo,
para que aumente nuestra fe
y se consolide en nosotros tu redención.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El día de hoy la oración NO se concluye con la señal de la cruz.

ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

Oh María, tú resplandeces siempre en nuestro camino
como signo de salvación y de esperanza.

Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos,
que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación de todos los pueblos,
sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros de que proveerás,
para que, como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría
y la fiesta después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y a hacer lo que nos dirá Jesús,
quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y ha cargado nuestros dolores para conducirnos,
a través de la cruz, a la alegría de la resurrección.

Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios.
No desprecies nuestras súplicas que estamos en la prueba
y líbranos de todo peligro,
oh Virgen gloriosa y bendita.